

## LOS QUE SE QUEDAN

---

### III

A la puerta de una iglesia moderna. Los pobres privilegiados para pedir en ella están sentados con mucha compostura. Todos bastante aseados y remendados con curiosidad en su pobreza. Es la aristocracia de la clase.

Llega la Eusebia, sostenida por dos grandes y toscas muletas. Abre su inseparable catorcillo y va á sentarse en su lugar, al lado de la Demetria, otra pobre, ciega, que la saluda muy afectuosa.

LA EUSEBIA.—¡Buenos días nos dé Dios!...

LA DEMETRIA.—¡Señá Eusebia! ¿Y qué fué ayer de usted? Yo ya dije: la señá Eusebia debe de andar mala cuando no viene; pero aquí, el albañil, dijo de haberla visto, como son vecinos, y entonces dije yo: pues mala no estará; ¿pero cómo habrá sido de no venir?... ¡Tengan compasión!... (*Murmullo general... ¡Compasión... caridad... esta pobre!*)

LA EUSEBIA.—Calla, mujer, que creí de

morirme, y solo salí para buscar un poco anisado; que sería cuando me vió Ramón, que más no anduve, que no podía tirar de mi cuerpo... ¡Válgame Dios!

LA DEMETRIA.—Pues luego ¿que le pasó?

LA EUSEBIA.—Pues si no fué un vaso de limón que tomé antiayer al irme para casa, no sé qué pudo ser, que en todo el día no tomé nada dañino; un poco escabeche y una ensalada de tomate y pepino, que otra cosa no entró en mi cuerpo en todo el día, ni los más de los días en este tiempo...

LA DEMETRIA.—Es lo que apetece con este calor... Sólo tiene que el pepino no cae bien sino es tomando en seguida media copita, que lo tengo bien *probao*... Tengan compasión...

LA EUSEBIA.—Yo no sé qué gentes son estas que vienen ahora; á nadie conozco.

LA DEMETRIA.—Por lo que dejan no las conocerá nadie... ¡Ay, Virgen!

LA EUSEBIA.—Luego dicen que el *ivierno* es el peor tiempo para los pobres... ¡Fuera siempre *ivierno*!

LA DEMETRIA.—¡Dígalo usted! ¡El verano sí que es la perdición para el pobre! Falta la gente principal, y no hay quien la socorra á una ni tiene una de quién valerse en su desgracia...

LA EUSEBIA.—Dímelo á mí. Me falta la

señora marquesa de aquí bajo, que es una peseta todos los sábados y una perrilla aquí todos los días de Dios, por malo que esté, que ella no falta á su devoción. Me falta una señora que me tiene dicho de ir todos los días á su casa por lo que sobra, que me llenan un pucherito que es mi apaño... Y aquí, no se diga, las señoras buenas nos faltan; nos falta el señor conde, que no viene vez que no deje una ó dos pesetas para todos...

LA DEMETRIA.—Y esa otra señora que dicen es tan guapa, que todos los veinticinco de mes deja otra peseta para cada uno.

LA EUSEBIA.—Esa en Madrid está, sólo que ya no vive en el barrio, y es más, dicen de haberla visto muy malamente.

LA DEMETRIA.—¿Malamente? ¿De qué?

LA EUSEBIA.—Con unos y con otros, que ya se la fué el señor que la tenía con tanto lujo...

LA DEMETRIA.—¡Bendito sea Dios!... ¡Tengan caridad!... Ni perdone hermana, te dicen... Esta gente es como la de los domingos, que es la que menos deja...

LA EUSEBIA.—¡De cada día hay menos caridad en este Madrid. ¡Quién lo conoció!

LA DEMETRIA.—Tanta señora de la grandeza como ha ido muriendo, que eran madres para los pobres!

LA EUSEBIA. — ¡Aquella señora duquesa, que una de las veces que estuve sacramentada hasta vino á visitarme con toda su grandeza al callejón del Mellizo, que yo vivía entonces...!

LA DEMETRIA. — ¡Y aquella señora doña María Antonia, viuda del general López-González! ¡Las veces que me tiene socorrido de todo! Mis buenas mantas, mi ropa de cama, los pares de medias y de zapatos... ¡Esas eran señoras!

(*Murmullos de asentimiento en la reunión.*)

LA EUSEBIA. — Pedir señoras como aquellas es mucho pedir... Yo sólo pido que vuelvan las que nos faltan. Por cuenta llevo los días.

LA DEMETRIA. — Esa es otra, que cada año dan en volver más tarde. Hasta los Difuntos puedes asegurar que no tienes aquí á la gente principal....

LA EUSEBIA. — Toda no; pero quiere decir que para *Otubre* ya es otra cosa... Es que ahora da vergüenza...

LA DEMETRIA. — ¡Tengan compasión!...

CORO GENERAL. — ¡Compasión... Caridad... del pobre! ¡Nada!... ¡Ay, Virgen!

LA EUSEBIA. — Es que viene una por venir; pero no valía la pena... ¡Nunca había de ser verano!

## LOS QUE SE VAN

### IV

En la playa de un pueblecito del Cantábrico.

La marquesa de Castrojeriz, verdadera gran señora, en todo el esplendor natural de una madurez sana. Viste con gran sencillez; no se pinta. Sentada en un butacón de mimbre, con un libro sobre la falda, contempla el mar cuando Pepe Arenales, caballero muy á la antigua española, bigote y perilla canosos, traje obscuro, chaleco blanquísimo y sombrero negro á lo Cromwell, se acerca á saludarla con reverencia muy cortesana.

ARENALES. — ¡Querida amiga!

MARQUESA. — ¡Jesús! ¿Usted por aquí? ¡Hay días felices!

ARENALES. — Eso pensaba yo.

MARQUESA. — ¿Desde cuándo?

ARENALES. — Desde ahora mismo. Me dijeron en San Sebastián que había usted huído

á Biarritz, al día siguiente me dijeron en Biarritz que había usted huído también...

MARQUESA.—Huir; esa es la palabra. Ya habrá usted visto que aquello está insopportable.

ARENALES.—Para usted y para mí. Hay quien lo encuentra delicioso. Lo que me hace temer si ellos tendrán razón y no seremos nosotros los insopportables.

MARQUESA.—Es posible. De cualquier modo deben agradecernos la deserción. Donde está uno molesto no puede por menos de molestar.

ARENALES.—El automóvil ha matado el veraneo. Ya no se está en ninguna parte; se corre de una parte á otra.

MARQUESA.—Y á los que no corremos de ese modo sólo nos queda el atractivo de ver nuestra casa convertida en posada de carretera, por la que cada día pasa gente distinta, que sólo se detiene para que le demos de almorzar ó de comer y hablarnos entre tanto de los kilómetros devorados, de sus *pannes*, de sus neumáticos averiados, todo ello apesando á gasolina y vestidos de un modo que en otros tiempos nos hubiera obligado á recibirlos á tiros. Y luego, amigo mío, desde que todo es carretera, los conocimientos son como de camino. ¡Y conoce uno á una gente! Ya no

se presenta á una persona por su mérito ni apenas por su nombre. El señor tal, que acaba de llegar de Madrid en ocho horas en su cuarenta y cinco ó su sesenta. Es bastante. Yo creo que se llegará á omitir el nombre en la presentación y se limitará á decir: «Tengo el gusto de presentar á usted un sesenta caballos. Encantado de conocerle...»

ARENALES.—Es la nueva aristocracia... La aristocracia de la gasolina.

MARQUESA.—Dentro de poco no se tomará la almohada; se tomará el bidón.

ARENALES.—Y leeremos noticias como esta: El distinguido automovilista señor Tal acaba de batir un *record* extraordinario... Se le indica para el primer Toisón vacante.

MARQUESA.—Por todo eso no le extrañará á usted, conociéndome, verme refugiada en este pueblecillo de pescadores. Es preciso seleccionar nuestras relaciones. Mientras mi marido corre con sus amigos y amigas y mis hijas casadas con sus maridos, yo estaré aquí con los pequeños...

ARENALES.—Pero observo que no falta gente.

MARQUESA.—Gente desconocida, gente que no molesta. Ya tengo algunos amigos, excelentes padres y madres de familia que han simpatizado con mis chicos y que ellos me

han ido presentando. Pero estoy encantada. Como nada de lo que me cuentan me interesa, no pueden molestarme de ningún modo. Aquí no hay frases intencionadas ni insinuaciones malévolas... Por allí ya se habrá usted enterado de todo lo que se dice...

ARENALES.—Nada nuevo. El escándalo sigue monopolizado por los de siempre. Ya es monótono. Escándalos sin fantasía. Sin embargo, la gente cada vez más asustada. La sociedad moderna apesta á moralidad como á gasolina. ¡Y luego, una devoción, amiga mía!... La romería á Loyola fué un verdadero jubileo este año. Una verdadera Exposición de automóviles. ¡Para los que sólo creemos en Dios y un poco en la Virgen del Pilar!...

MARQUESA.—Perdone usted. Ya sabe usted que por ese camino no le seguiré nunca, ni á pie ni en automóvil.

ARENALES.—No presuma usted. Si usted, con ser tan cristiana y tan buena, en estos tiempos resulta usted lo mismo que yo, sospechosa de volterianismo. En materias devotas está usted anticuada. Nunca ha sido tan de actualidad la observación del duque de Richelieu. En otro tiempo las damas tenían un confesor y dos amantes; ahora tienen un amante y dos confesores.

MARQUESA.—Exagera usted.

ARENALES.—En lo del amante; porque el verdadero *chic* es no tener ninguno. Excuso decirle á usted qué papel hago yo en sociedad.

MARQUESA.—Dedíquese usted á confesor, confesor laico. Es una agradable jubilación.

ARENALES.—Estoy muy desacreditado. Además, las mujeres de ahora son demasiado complicadas.

MARQUESA.—¿Cree usted?... ¿En qué consiste esa complicación?

ARENALES.—Demasiado intelectuales.

MARQUESA.—Las confidencias serán más interesantes.

ARENALES.—¿Pero usted cree que si busco confidencias femeninas es con idea de tomar apuntes para una novela? No, amiga mía; la conversación para mí nunca ha sido más que un pretexto; pero ahora es todo...

MARQUESA.—Es lo que se llama *flirt*. ¿No lo encuentra usted delicioso?

ARENALES.—Eso es como el automóvil. Corre por correr, para no llegar nunca á ninguna parte que nos importe.

MARQUESA.—Salvo los incidentes imprevisos de la carrera.

ARENALES.—Eso es la aventura, pero no es el amor, que debe ir siempre por sus pasos contados, sabiendo adónde va y recreándose en el camino. ¡Y eso concluyó! El amor mo-

derno va en automóvil; sólo se detiene para tomar gasolina ó en caso de *panne*.

MARQUESA.—Todo depende del *chauffeur*. Cómprase usted un auto y condúzcale usted mismo. Cuando lleve usted á alguna de sus amigas puede usted detenerse á voluntad.

ARENALES.—Eso no es posible. (*Quitándose el sombrero y descubriendo una brillante calva.*) ¿Yo *chauffeur*? No me saldría la cuenta. De todo lo que podría encargarme es del *allumage*. ¡Ay, amiga mía! ¡La vida sí que corre como automóvil, y pasa, y huye, y nos deja atrás siempre!

MARQUESA.—Y nosotros quedamos tristes, abandonados, como la carretera.

ARENALES.—Ni aun eso. La carretera permanece. Nosotros somos como la polvareda y el humo que el automóvil de la vida levanta al pasar en su carrera loca; apenas ha pasado, ya nos llevó el viento, y con el viento desaparecemos... (*Un gran silencio, lleno de melancolía.*)

MARQUESA.—¡Qué hermoso está hoy el mar!

ARENALES.—El mar siempre está hermoso. El mar no envejece.

## LOS QUE SE QUEDAN

### V

Dormitorio blanqueado en algún tiempo, y que ahora parece como decorado al humo y la sepia, con toda clase de dibujos fantásticos y caprichosos. Por una ventana de luz interior llega un vaho de humedad y olores de cocina pobre. En sendos camastros de hierro, de tan justa capacidad á un cuerpo vivo como ataúd á un cuerpo muerto, Lola y Carmen, tendidas en el mayor desaliño. Las dos leen con avidez, cada una parte de una novela, traducida como para edición barata, cuyas hojas se han repartido por mitad como buenas hermanas.

CARMEN.—¡Chica! ¡Qué interesante se pone! Ya me falta poco para concluir esto... ¿Y á ti?

LOLA.—¡Déjame en paz! ¡Me falta mucho!

CARMEN.—Pues dame de lo que hayas leído...

LOLA.—¡Mujer! ¡Que se estropea todo el libro!

CARMEN.—Luego se cose... ¡Anda! ¡No seas pesada!

LOLA.—¡Pesada, tú! ¡Allá te va! (*Arranca una porción de hojas y las arroja al aire sin afinar la puntería. Las hojas vuelan un momento en todas direcciones y caen por fin desperdigadas.*)

CARMEN.—¡Qué graciosa! Cada hoja por su lado... Ahora tengo que levantarme. (*Salta de la cama. Visión fugitiva de holandas, ¡ay!, no muy finas, y de desnudeces, ¡ay!, no muy sonrosadas.*)

LOLA.—¡Me dejarás en paz!

CARMEN (*ordenando las hojas*).—Cuarenta y cinco... y seis... Me falta la cuarenta y siete. Se habrá caído por ahí... ¡Mira mujer!

LOLA.—¡Dale! *Sin moverse; palpando por debajo de su cuerpo.*) Aquí no está...

CARMEN.—Ya pareció... Ahora es cuando Emma se presenta con su hijo en casa de la duquesa sin saber que es la madre de Raúl... La duquesa tampoco sabe que ella es la amante de su hijo y que el niño es su nieto... Oye... ¿Se casan por fin? ¿Has llegado ya?

LOLA.—Ya lo verás.. No te digo nada. Estoy en una escena de la duquesa con el vizconde de de... (*Consultando el texto.*) Pierrefonds.

CARMEN.—¡El vizconde sí que es simpático! Ese es el que se debía casar con Emma.

LOLA.—No estaría bien. Después de haber tenido un hijo con Raúl... ¡Qué cosas se te ocurren!

CARMEN.—Es que á mí siempre me ha parecido que el vizconde está enamorado de Emma en secreto...

LOLA.—¡Quiá, mujer! Ya verás... Es mucho más bonito...

CARMEN.—Yo creo que á Emma se le muere por fin el niño. Aquí ya dice que está muy delicadito. ¡Qué pena!

LOLA.—¡Cállate ya y déjame leer!

CARMEN.—Lo que tengo es un hambre... ¿A qué hora almorzaremos hoy?

LOLA.—¡Cualquiera lo sabe! Primero que vuelva mamá... Hasta que no se haya enterado de todo...

CARMEN.—Mamá tiene unas cosas... Es que se me parte la cabeza de debilidad.

LOLA.—Puede que haya por ahí cualquier cosa... Busca...

CARMEN.—Ya he buscado. No hay nada.

LOLA.—Pues aguántate, como yo.

CARMEN.—¡Qué remedio! Con eso y con que mamá se descuelgue á las tantas con alguna tontería. Ahora la ha ido á tomar con que no nos consiente relaciones con nadie sin enterarnos muy bien de la clase de personas... Y ha ido á estrellarse con estos de ahora, que

son muy simpáticos y muy distinguidos... En cambio, cuando le parecía muy bien aquel boticario que se comía las uñas... y aquel don Clemente, que resultó lo que resultó. ¡Cuidado, que yo me lo figuré desde el primer día! Que este señor me parece que es cura. Y mamá que no, que era un disparate, que de todo tenía trazas menos de cura...

LOLA.—Andan en la puerta. Es mamá que vuelve...

CARMEN.— ¡Con tal que almorcemos pronto!

*(Entra doña Concha, abanicándose con estrépito. Viste un trajecillo de seda negra, tan sutil y transparente, que más parece de tul. Sombre-ro de alambres y gasas, también negras, con un cogollo indefinido por adorno. Dejándose caer en la única silla del mobiliario, por más señas particulares de Vitoria y paticoja.)*

DOÑA CONCHA.— ¡Vaya un día de calor! ¡Es morirse! ¡Y vosotras ahí encocladadas todavía y con todo abierto para que se llene de moscas!... ¿Pero no os hartáis de leer? ¿Pero no os da vergüenza, sin peinar á estas horas y con esas trazas? Ya podéis levantaros y aviaros pronto, que vamos á almorzar en seguida, que yo estoy muerta de debilidad.

CARMEN.— ¡Pues nosotras, no sé! ¿Y qué? ¿Te has enterado de todo?

DOÑA CONCHA.—Ya lo creo. De todo y de mucho más.

CARMEN.— ¡Si no has metido la pata!

DOÑA CONCHA.— ¡Usted se calla, deslenguada! Las que metéis la pata sois vosotras, que si vuestra madre no estuviera á los quites ya hubierais hecho algún disparate que no tuviera compostura.

LOLA.—Yo no he dicho nada.

DOÑA CONCHA.—No; si es tu hermana, que tiene unos modales que no sé dónde ha podido aprenderlos. ¡Pues nos hubiéramos lucido si no me entero á tiempo! Veréis. Primero me planto en casa de tu novio. *(A Lola.)* En efecto; muy buena casa, con ascensor, tiestos en el portal, la escalera alfombrada. Pisos de sesenta duros lo menos. Por casualidad hay uno desalquilado, y con achaque de verlo pregunté á la portera y me metí en conversación. ¡Qué más desea una portera! Dejándome caer, la pregunté si no vive en el segundo, por casualidad, un joven de tales y tales señas... ¡Ya lo creo que vive! ¡Vais á pasmaros! ¿Qué diréis que es ese caballerito? ¡Habrá sinvergüenza! ¡El que se había quedado en Madrid para estudiar y examinarse en Septiembre del último año de Derecho, mientras su familia estaba en San Sebastián! ¡No está mal Derecho, no está mala familia! ¡Si lo que se

ve en Madrid no se ve en ninguna parte!

LOLA.—¡Bueno! ¿Qué?

DOÑA CONCHA.—¡Si no vais á creerlo! ¡Es el criado de la casa! ¡Un triste criado de servir! Los señores están fuera, y le han dejado solo en la casa; porque, eso sí, parece que es de mucha confianza. ¡Claro! ¡Como el hombre está ahora muy desocupado, tiene todo el día para pintarla y atreverse á lo que se ha atrevido! Como la figura no es mala...

LOLA.—¡Qué ha de ser! Si parece mentira...

DOÑA CONCHA.—¡Ya veis si no ando lista!... ¡Qué ridículo! ¡Decid ahora que vuestra madre mete la pata! ¡Gracias á que estas noches no han ido á Recoletos las de Espinosa! ¡Si llegamos á presentárselo... ellos, que todo lo averiguan! ¡Qué bochorno! ¡No quiero pensarlo!

CARMEN (*resignada á todo de antemano.*) — ¿Y el mío? ¿Otro desengaño?

DOÑA CONCHA.—Siquiera es una persona decente... Hay... hay que es casado...

CARMEN.—¡Pues también está bueno!

DOÑA CONCHA.—Me enteré en la oficina. La mujer está de baños... ¡Si en verano hay muchos chascos de estos! Después he hablado con él; yo soy así. Y me lo dijo él mismo.

CARMEN.—¡Pero mamá!...

DOÑA CONCHA.—¿Y usted qué se proponía —le he dicho,— vamos á ver? ¿Usted qué se proponía? Se quedó sin saber qué contestarme. Pero si quiera es un caballero. Acabó pidiéndome mil perdones. Me dijo que le habíamos sido tan simpáticas, que no había podido resistir á la tentación de intimar con nosotras; que él ya comprendió desde el primer momento que se había equivocado, que yo era una señora y vosotras unas señoritas... ¡Cuando las personas tienen educación! Yo, bien sabe Dios que iba dispuesta á todo; pero le encontré tan correcto, tan cumplido... Ya lo he dicho que puede seguir tratándonos como amigas... (*Pausa.*)

CARMEN.—¿No almorzamos?

DOÑA CONCHA.—En seguida, hijas de mi alma.

LOLA.—¿Qué traes ahí?

DOÑA CONCHA.—¡Muchas cosas! ¿No sabéis? Ese caballero fué tan atento que se empeñó en traerme en coche, y como yo tenía que hacer todavía mis compras, no consintió que pagara nada y se empeñó en obsequiarme con unas frioleras... A mí que me den siempre gente seria... ¡Pero esos trastos de jovenzuelos!... ¡Cada vez que me acuerdo! ¡Un criado de servir! ¡Si en verano no sabe una con quien trata!

CARMEN.—¡Ya, ya! Uno, criado; otro, casado; el otro cura...

DOÑA CONCHA.—¡No me digáis! Todo puede pasar; pero como lo del criado no hay nada. ¡Qué atrevimiento! ¡Qué desvergüenza! ¡Gracias á que no han llegado á conocerle las de Espinosa!

## LOS QUE SE QUEDAN

---

### VI

Salón de lectura y conversación de un hotel, en una ciudad del Mediodía de Francia.

Dos matrimonios españoles de cierta edad, en buena posición—burguesía rentística-comercial,—sin hijos y con buen humor, viajan en compañía por el Norte de España y Mediodía de Francia, hasta llegar á París, verdadera Meca de su peregrinación. El viaje combinado en sociedad es más agradable y más económico; sobre todo se evita el constante *tete-á-tete* matrimonial, tan expuesto á choques y descarrilamientos.

El matrimonio primero se compone de doña Rosa y don Tomás, y el segundo de doña Eloísa y don Romualdo.

En confirmación de que en todo matrimonio siempre hay un absorbente y un absorbido, en la primera pareja es la señora la que se halla en pleno goce de todas las existencias matrimoniales en carnes y en colores.